

LA POLÍTICA TEATRAL POCO DEMOCRÁTICA DEL GOBIERNO CATALÁN: DE LAS LISTAS NEGRAS AL CINE VIVO

Jordi Mesalles

ARTICLE PUBLICAT A RRABIA, ANY I N. 1, AL NOVEMBRE-DESEMBRE DEL 2002

En el teatro catalán impera una vergonzosa ley de la selva que potencia el teatro entendido como mercancía en el que se practican las censuras ideológicas, económicas y culturales y se han creado listas negras. La industria del espectáculo, más preocupada por impresionar que por las posibilidades de la escena, sólo potencia el formalismo transgresivo, el ruido y los cristales rotos en lugar del valor artístico que de los buenos dramaturgos emana.

Dícese que de todas las formas de gobierno existentes la democracia parlamentaria es la que otorga a sus miembros el máximo derecho pactado de libertad individual, pero sabemos de la predisposición de las personas humanas a la esclavitud y de la dificultad y del miedo inherentes de los sujetos y de las masas a la libertad. No de otra forma puede explicarse que Mussolini y Hitler ganaran las elecciones. En esta tensión desigual entre el máximo derecho pactado de libertad y el poder persuasivo de los aparatos de formación de masas, en manos de los partidos en el poder; el ciudadano parece conformarse en sobrevivir en la ilusión de una sociedad del bienestar y en el espejismo de una democracia incompleta que va recortando su libertad y va imponiendo el servilismo y el miedo, aderezado por la imposición compulsiva al consumo de los mitos, esas formaciones irracionales pero de una eficacia ideológica sorprendente.

La democracia idealmente debería construirse posibilitando la escucha atenta de los discursos disidentes de las políticas establecidas, para enmendarlas y mejorarlas al servicio de los intereses sociales, económicos y culturales de todos los grupos y clases sociales. Como dice Vicenç Navarro en su valiente y esclarecedor ensayo *Bienestar insuficiente y democracia incompleta* (Anagrama): «Una consecuencia del dominio que la derecha tuvo en la transición española de la dictadura a la democracia (erróneamente definida como modélica) ha sido el conservadurismo de las culturas política y mediática de nuestro país... El gobierno de la Generalitat tiene una concepción muy patrimonial del poder, y su concepción de *fem país* ('hagamos país') incluye por lo general a los que considera suyos... Me ofende en gran manera que un grupo político monopolice un sentimiento nacional, situación que es doblemente intolerante como tal opción incluye dirigentes que colaboraron, cuando no formaron parte, del Estado fascista...» Esto hace que los catalanes disidentes del conservadurismo demócrata cristiano pujolista vivamos, permanentemente, en la

pesadilla de un posfranquismo bien atado, donde los comportamientos dictatoriales, las alcaldadas, el amiguismo y la exclusión forman parte del comportamiento endémico de los hombres y mujeres que gobiernan las instituciones por delegación de la sociedad civil.

En el terreno del teatro se ha mantenido de una manera mecánica el proceder franquista. En Cataluña, la única aportación significativa en materia teatral ha sido la construcción y la puesta en marcha de un Teatro Nacional modelo de espacio decimonónico que ninguna política teatral pertinente a principios del siglo XXI admitiría. Los presupuestos de este Teatro Nacional gestionado por un equipo de amigos pro-convergentes y cerrado a cal y canto a los divergentes, ha aniquilado el posible desarrollo de una política teatral expansiva y descentralizadora, como hubiese sido plantearse una red de teatros semipúblicos con compañías estables que hubiesen ayudado a reinventar una tradición más heterogénea, menos oficialista y con un criterio más democrático y menos monocolor. El gobierno catalán parece haber asimilado los mecanismos agresivos del franquismo y los ha integrado, asociando igualmente lengua con ideología y disidencia con peligrosidad. Es así como numerosos profesionales del teatro catalán: actores, actrices, escritores, directores y escenógrafos que formamos parte de la memoria y de los mejores momentos de una de las tradiciones más pertinentes y productivas del Estado español, como si estuviéramos en pleno franquismo, no podemos tener una continuidad creativa por culpa de las consignas excluyentes del pujolismo.

La institución pública ha ido descuidando la protección de las pequeñas compañías, que sometidas a precarias subvenciones van dejando de existir ante la imposibilidad de competir con las grandes empresas y su poder de promoción, producción, distribución y venta, primadas en atención y subvención por el gobierno que ha ido delegando en la risiblemente llamada empresa cultural sus responsabilidades organizativas y administrativas.

Sin una planificación de política teatral democrática, sin potenciar unos espacios de discusión teórica, reflexión y debate, en el teatro catalán va imperando una vergonzosa ley de la selva que va a potenciar el teatro entendido como mercancía y a bloquear las posibilidades del hecho teatral propuesto como bien cultural y práctica artística. Desde el teatro entendido como mercancía se va perdiendo la confianza en la especificidad teatral. Una producción de una gran empresa promocionaba esta temporada uno de sus productos como cine en vivo. Los actores y las actrices se arriesgaban como si fueran especialistas cinematográficos a sortear un suelo repleto de cristales rotos de los vasos y las botellas que se tiraban los unos a los otros durante el espectáculo.

¡La industria del espectáculo, más preocupada por impresionar que por pensar en las posibilidades de la escena como espacio semiológico privilegiado, va a potenciar el formalismo transgresivo, como si imponiendo la megafonía, el griterío, y el ferial reclamo de lo nunca visto, el cine en vivo!, se ganará en teatralidad obviando que lo que más importa en un Shakespeare o en un Brecht son la fuerza de los versos y la fiesta del lenguaje que de los dramaturgos emana, más allá del ruido, la furia y los cristales rotos del formalismo infantiloides. Se quiere ignorar que en el teatro como en las prácticas artísticas de la posmodernidad el exceso transgresivo es un callejón sin salida y ha ido perdiendo ya su valor de escándalo y forma parte del mercado artístico más populista y conservador.

Como he escrito ya en más de una ocasión, ante la desconfianza ideológica que las muje-

res y los hombres del teatro catalanes merecían a los convergentes, gentes que sólo les traían conflictos y dolores de cabeza, en vez de confiar en una ley de teatro que estaba elaborada en 1982 por parte de los socialistas y los comunistas, sin más la rechazaron. Y a partir de entonces se dedicaron a censuras ideológicas, económicas y culturales, a excluir y crear listas negras y a organizar meticulosamente sus aparatos de formación de masas con TV3 y sus agentes culturales como paradigma —lo que Vázquez Montalbán llama los nodos pujolistas— y en definitiva a utilizar los mismos métodos propagandísticos del antiguo enemigo franquista.

Los periódicos han informado que el gobierno del PP está confeccionando una ley de teatro para el Estado español. ¿Tendrá que aprender la derecha catalana de la derecha española a poner freno a la corrupción que atraviesa las cosas del teatro en Cataluña? O, quizás, ¿nos tocará esperar a que en las próximas elecciones autonómicas se produzca un higiénico cambio de poderes y los socialistas rescaten, mejoren y pongan al día el proyecto de ley que propusieron en 1982?

Como decía mi amigo Jordi Coca en el «Quadern de Teatre» del diario *Avui*: «Deberíamos preguntarnos si entre todos no estaremos construyendo una realidad virtual que tiene nada o poco que ver con la realidad del país desde el punto de vista de los potenciales humanos e intelectuales, cosa que también explicaría que los espectadores no se reconozcan en lo que se está haciendo y por lo tanto dejen de ir al teatro».